

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

JUAN VICENTE GONZÁLEZ

BIOGRAFIA DEL GENERAL

JOSÉ FÉLIX RIBAS

PRIMER TENIENTE DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814

(ÉPOCA DE LA GUERRA Á MUERTE)



EDITORIAL - AMÉRICA

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

VII

Interesante espectáculo presenta el primer Congreso de Venezuela: hijo de la Revolución, fruto de elecciones libres y tranquilas, en vez de una Asamblea tumultuosa, agitada de populares pasiones, aunque única y aunque con un Ejecutivo, que creó débil en tributo á las doctrinas de entonces, él se concilió la estimación y el respeto público, sin excitar la admiración; pero tampoco resistencias y ataques en el seno de los republicanos. Bien que entre los cuarenta y cuatro miembros que lo constituían, no faltasen quienes, confundiendo la obstinación con la firmeza, opusiesen sus preocupaciones á toda reforma saludable; y bien que se precipitasen otros en novedades peligrosas, tal era la situación y benevolencia de los espíritus, tan poca la inflamación (que no sobreviene sino en los cuerpos numerosos), que todos marchaban aparentemente á una, sin enconosos odios, luchas ni escándalos.

Nada allí de *centro*, *izquierda* ni *derecha*; sentábanse todos confundidos y amigos, con la alegre esperanza sobre los ojos. Uztáriz, Tovar, Roscio, Yanes, Ponte, Peñalver, con la frente cargada de cuidados, Maya, Quintana, Ramírez, Méndez, Castro. Nada precipitó los pasos de aquellos varones ilustres, prudentes y circunspectos en medio de sus

interiores recelos ó de la impaciencia de sus esperanzas, ni la facilidad de ostentar sin peligro un liberalismo violento, ni la ambición inmoderada de aplausos y popularidad, ni los estímulos de la imprenta, ni el favor que acompaña á las opiniones exageradas. Cuando, caída toda autoridad, podían sin obstáculos ni sinsabores lanzarse por el fácil camino de la demagogia, destruyendo y creando á su capricho, prefirieron el enojoso cuidado de moderar los excesos de la libertad, á riesgo de pasar por enemigos del pueblo y por retrógrados.

¿Qué detenía á esos hombres y los embarazaba en su marcha? Veían el porvenir cargado de sangrientas nubes y retrocedían; habían querido regenerar, conservando; repugnaba á su conciencia quitar el freno á las pasiones para triunfar. En su seno no hubo propiamente vida parlamentaria. Si se encendía, era al viento de la plaza pública; arrastrábalo la impetuosa vigilancia, las advertencias en forma de agitaciones de la capital. Todos anhelaban por la tierra prometida, sin pasar por el Mar Rojo.

Recordemos de paso algunas de esas figuras. Juan Germán Roscio era el pensador convencido del partido republicano; su frente, que parecía inclinada por la meditación, hacía que se le atribuyese un poder lleno de misterio; sus palabras eran recogidas como aforismos patrióticos. Si callaba, mirábase su silencio como desdén de la sabiduría, ó esquivez del pudor; inteligencia honrada sin auda-

cia, pluma fácil, vulgar y sin brillo, político de intratable energía en medio de la timidez de sus opiniones (1). Fuertes estudios y el amor á la meditación habían madurado la grave juventud del español Francisco Javier Yanes. Francisco Javier Uztáriz,

alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,

no hablaba nunca en la tribuna; pero todos se agolpaban solícitos para oír sus discretas y finas observaciones, y se contaba con su silencio, lleno de pensamientos.

Bussi y Sata era un tribuno elegante y fácil. Manuel Palacio, hombre de talento y elocuencia, adivinaba el porvenir y le esperaba sonreído. Á don Martín Tovar Ponte no le dió la Naturaleza la elegancia ni las gracias de la juventud, ni menos el deseo de adquirirlas y de suplir su falta; prefirió dedi-

(1) El doctor Juan G. Roscio, de padres italianos, falleció el 9 de Marzo de 1821 (tres meses y quince días antes de la batalla de Carabobo), siendo vicepresidente de Colombia. El Sr. Zea decía de él (*Correo de Orinoco*, núm. 102): "Desde el año de 1810, en que Venezuela derrocó al despotismo, hasta el día en que, después de un viaje penoso y dilatado, llegó á principios de este año á la nueva capital del Estado, mil graves y difíciles empleos ocuparon de tal suerte su vida, que puede decirse con verdad, que ni un momento respiró sino en servicio de la Patria. Su constancia en la adversidad excede á todo encarecimiento: ni las cadenas y mazmorras, ni las misérrimas y trabajos llegaron á abatir jamás su impávida firmeza ó á desviarle un punto de la senda del honor, y aun los déspotas mismos que le oprimían se vieron obligados á admirar la grandeza de su alma y la superioridad de su virtud."

car este tiempo á cosas serias. Aunque por la educación perteneciese á su época, por sus compromisos y recuerdos él fué toda su vida del 19 de Abril. En los tiempos turbados y movibles que atravesó conservóse siempre fiel á las primeras ideas en que se había formado y que encantaron su espíritu, á los sentimientos que hicieron latir su corazón, á las convicciones que se consagró. Cuando vengan las pasiones en vez de las leyes, los combates en vez de la justicia, y en vez de la libertad la dictadura, él se envolverá en su manto, silencioso y triste, animando contra la violencia y cubriendo con su nombre á los defensores del orden. Ese viejo tosco, de corazón patriota, supo merecer el recuerdo reconocido de sus contemporáneos y la estimación de la posteridad.

El doctor Manuel Vicente Maya era un sacerdote célebre ya por la rectitud del alma y sus dulces virtudes. Extraño al odio, su corazón santo se difundía en una expresión de sonrisa angelical, que inspiraba amor y pensamientos buenos; y en el gobierno de la Diócesis, sus adversarios le preferían á sus amigos, porque de nadie podían esperar tanta indulgencia en la justicia. Horrorizado con los excesos de la Revolución francesa, y temeroso del obscuro porvenir, su espíritu se detenía inquieto á las puertas de la revolución, por amor á los hombres y por horror á los desastres que preveía. La debilidad por temor del mal es una virtud divina; y la energía, cuando no impone sacrificios heroicos, con frecuencia no es otra

cosa que la ambición y el egoísmo. Maya solo protestó contra la declaratoria de la independencia el 5 de Julio, engrandeciendo con su noble libertad aquel majestuoso espectáculo. Porque no fué mediano valor arrostrar la indignación de una multitud ansiosa, y defender contra el entusiasmo general sus creencias desesperadas. Opuso á todos el voto de los habitantes de la Grita, sus comitentes. Y el Congreso ordenó se escribiese su protesta al pie del acta de la independencia, tributando así un homenaje á los derechos de la conciencia, tomando una venganza digna de la libertad.

El doctor Juan Nepomuceno Quintana era uno de aquellos jóvenes virtuosos é instruídos que las primeras familias daban entonces á la Iglesia. Escritor elocuente y fecundo orador, aquel clérigo era un filósofo á su manera, enemigo del sofisma y del instinto destructor y revolucionario de los demagogos de su tiempo. Á presencia de Miranda y Roscio, y de los otros jefes de la revolución, con tono acentuado de desdenes él los acusaba de agoreros falsos y de engañarse con frívolas esperanzas. Los que no se turbaban al escucharle, respetaban su buena fe.

Al abogado Antonio Nicolás Briceño, filósofo sombrío, republicano cartaginés, hombre frío y violento, genio inquieto y rudo, teníaese por capaz de lanzarse, en un transporte de cólera, en los abismos del crimen.

El Congreso tuvo un doble carácter: se aprisionó en un círculo estrecho, en que parecía hacer peni-

tencia de su importunidad, y se elevó sobre sublimes altares; hizo una Constitución federal efímera, y proclamó verdades inmortales; contenido y arrebatado alternativamente por fuerzas contrarias, el sentimiento que le venía de sí mismo, y el movimiento que le venía de la revolución.—¡Cincuenta y cuatro años han corrido desde aquel tiempo! ¡Un Congreso acaba de cerrar sus sesiones! ¿Qué hemos adelantado, oh Dios?

Es preciso confesar, sin embargo, que sin una fuerza encontrada de asociación el movimiento revolucionario habría perecido, y sus inocentes é incautos parciales, que confundían á amigos y enemigos en el ciego vuelo de su generosidad, habrían caído en la red inmensa que se les tendía por todas partes. Urgía la creación de un Cuerpo político organizado fuertemente, depositario de todas las necesidades é instintos de la revolución, que velase inquieto sobre las autoridades débiles, sobre sus agentes confiados, sobre los enemigos todos, por temor ó por odio. Miranda había traído la idea de París, tierra clásica de tumultuarias asociaciones; Bolívar la fundó, llevando á su seno los amigos de la independencia. Ribas la popularizó, le dió sus varoniles pasiones y tendencias, la hizo inflamar y hervir como el Etna. Nacida en medio de los peligros de una conspiración inmensa, que negaba los conspiradores, la Sociedad Patriótica constituyó una legión activa, de desconfianza suma, de rencilloso espíritu, que de todo se alarmaba. Fué su destino ensayar al pueblo en la Repú-

blica y también en la demagogia, ser estímulo de los Poderes públicos y la palanca de la revolución.

Penetremos en su interior y sorprendámolo el 19 de Abril de 1811, pocos días antes del célebre 5 de Julio, en su primitiva naturaleza y audacia anárquica. "Los regocijos fueron universales ese día. Después del *Te Deum*, los habitantes se esparcieron por las calles, con sus vestidos de fiesta, adornados sus sombreros con escarapelas de cintas rojas, azules y amarillas. Grupos de músicos y danzantes recorrían la ciudad, cantando himnos entusiastas; la atravesaron en procesión los miembros de la Sociedad Patriótica con banderas en la mano. Personajes respetables se unieron al concurso, y se vieron grupos de indios de las cercanías, tocando y danzando de una manera más sencilla que graciosa; pintábase la alegría en todos los rostros, felicitándose cada uno por la felicidad que creía asegurada. La noche trajo otro género de placeres: la ciudad de Caracas se iluminó toda, y los edificios públicos y muchas casas particulares se cubrieron de inscripciones y emblemas, ejecutados con tanto gusto como talento... Teatros pequeños levantados en diferentes partes de la ciudad proporcionaron nuevos placeres al pueblo, ebrio de entusiasmo" (1). Contemplemos esas som-

(1) *Esquisse de la Révolution de l'Amérique espagnole, ou récit de l'origine, des progrès et de l'état actuel de la guerre entre l'Espagne et l'Amérique espagnole, contenant les principaux faits et les divers combats, etc.*, pág. 111.—Léase también el *Manifiesto á los americanos del Sur*, impreso en Cádiz en 1812, y que forma parte del número 317 del *Ambigu*, que redactaba en Londres M. Peltier.

bras tan risueñas y alegres, antes que pasen arrebatadas por un torrente de sangre; mañana será tarde. Penetremos, como extranjeros, en esa sala, en esos corredores suntuosamente adornados, donde Guevara Vasconcelos dictaba sus órdenes, donde la revolución en delirio tiene su trípode y su oráculo (1).

¡Qué tempestad de gritos, de aplausos y exclamaciones! ¡Es la voz unísona del océano, formada del ruido de todas las ondas! Miranda preside; notad su figura dramática, imponente. Enciende aquí la llama que agita en el Congreso. Pero, ¿quién es ese joven de admirable madurez, de tan militar apostura, que se adivina al mirarle su osadía y valor? Ojos azules y color blanco, que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas. Le llaman Simón Bolívar; sólo José Félix Ribas parece más arrogante y espléndido.

Se habla. Es Antonio Muñoz Tébar: cautivó el amor de la República desde sus primeros años. Á la nueva de la revolución del 19 de Abril se le vió dejar el presbiterio de los Neristas, donde asistía de acólito, inocente levita, y arrodillarse y decir adiós al altar que había perfumado con el incienso, para irse tras la revolución, hasta la muerte. Su figura endeble y delicada, su tez blanca y pura, su rostro franco, sombreado apenas por naciente bozo, revelan sus pocos años, como revela su talento la frente espaciosa y cándida, y anuncian la ternura de su

(1) Calle de Carabobo, núm. 77.

alma quimérica y su fin prematuro y trágico, la melancólica sonrisa y los fijos ojos, grandes y tristes. ¿Quién enseñó el arte de conmover y persuadir á ese niño, que aún no ha dejado las aulas? ¿Quién ha dado á sus rosados labios el acento patético, la invectiva acerada, todos los tonos de la sátira, los pensamientos y los colores de Tácito? ¿Cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz del ajeno de los partidos?

“Señores—dijo—: hoy es el natalicio de la revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Que principie ya el año primero de la independencia y la libertad! Confederación de Estados ó Gobierno central, una Asamblea ó muchas; por todo podemos comenzar, como comencemos por la Independencia. ¡Que la República siga su marcha triunfal, derramando placeres que enloquecen, bendiciones que santifican! Pero desde ahora adivino que mañana habré de estar por una República poderosa y central, que represente la nacionalidad y la fuerza, y no por pequeños Estados, tanto más débiles y turbulentos cuanto más pequeños, inútiles el día del peligro, enojosos al buen sentido, expresión del egoísmo y arena de la ambición. Si en vez de la Asamblea que nos representa, única é imponente, eco de mil voces, punto donde convergen todos los radios, faro centelleante encendido para el uso de Venezuela, hubiese ocho ó más Congresos esparcidos, oscuros, deliberando en su rincón, sin debates entre unos y

otros, sin cambio posible entre ellos y el movimiento exterior, yo no vería sino tronos para la anarquía, un caos sangriento y el naufragio y vergüenza de nuestros planes. Pongámonos en el camino de la independencia, y yo voy á estar por el orden y la regularidad, sin temer que el Gobierno se cambie en tirano: Teseo en Procusto. El problema será entonces dar al Gobierno la energía suficiente para someter los individuos á la voluntad general, ganándolos por el amor y el temor y neutralizando en sus manos los medios de revelarse. Escapados de la tiranía, su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desorden...”

Un hombre se levanta y usurpa la palabra; pero no es un hombre ese cíclope: con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles servidas por una voz de trueno. El desorden preside su espíritu, que se exhala en gritos de cólera y exclamaciones súbitas.

“¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera onduosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia. Señores: Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague á los facciosos del orden, y la sigan por calles y plazas, gritando: ¡Libertad! Para reanimar el mar

muerto del Congreso estamos aquí, estamos aquí en la alta montaña de la santa demagogia. Cuando ésta haya destruído lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzaré la libertad..." (1).

Sólo un momento sobrecogieron estas palabras siniestras á la entusiasta reunión. Aplausos y gritos siguieron largo tiempo á esta improvisación infernal.

Era Coto Paúl, orador fácil, sin freno ni moderación, hermano del doctor Felipe Fermín Paúl, que había concurrido esa noche á la Sociedad. Mientras aquél se desahogaba, impetuoso y frenético, sin orden, proclamando y ultrajando la justicia, éste, envuelto en su prudencia, en la visión del porvenir, atento á las medidas benévolas, extraño á las resoluciones violentas, si bien no carecía de talentos oratorios, prefería emplear la actividad y flexibilidad de su espíritu y su carácter insinuante, en inspirar moderación y calma, pareciendo seguir las opiniones que sugería.

Habló esa noche Espejo (D. Francisco), alma de la Sociedad, abogado audaz é instruído, ensimismado y fecundo, cuyos modales graves, voz sonora y estilo abundante y enfático, gustaban á la multitud. Lleno de Mably y Rousseau, Espejo se complacía en doctrinas metafísicas y generales. Y habló también García de Sena, amado de las Musas y de la guerra; y Vicente Salias, gracioso autor de la *Medicomachia*; y Vicente Tejera, de boca desairada, de hela-

(1) *El Publicista Venezolano*, núm. 17.

dos y salidos dientes, violento y tímido, que cultivaba las letras, y que debía perecer en el mar, insidioso y perverso como él. La discusión se anima; alguno dijo que tenían ya dos Congresos, el Nacional y la Sociedad Patriótica; y Bolívar se levanta, y grita:

“No es que hay dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva, y para animarnos á la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fué una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. Y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender á los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda á Bonaparte sus esclavos, ó que los conserve, si estamos resueltos á ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? La Junta patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación; pero el Congreso debe oír á la Junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: Vacilar es perdernos.

„Que una Comisión del seno de este Cuerpo

lleve al soberano Congreso estos sentimientos.*

¿Quiénes forman aquella trinidad exótica? Coto Paúl ha ido á colocarse entre las caras apocalípticas de Francisco Carabaño y del vizcaíno Francisco Javier Yanes. Los unos hablan y ríen al verlos; los otros parecen distraídos ó que escuchan la voz misteriosa de su corazón. Las mujeres platican también, saludan y sonríen, porque la ³Sociedad Patriótica las recibe con distinción en su seno, como medios de activa propaganda y como adorno é incentivo.

Oíanse diálogos como estos.

—Viene hermosa y galana doña Margarita; y al lado trae, no sé para qué, al isleño Sopranis.

—Sí; y están graciosas Concha y Anita; dime, ¿no es para reir ver á la tigre con su peineta de perlas, su ancho encaje sobre la media y tan largo *marchante*?

—Calla, que nos oye su hermano, que pasa á saludarlas.

—¡Mozo elegante, por cierto! Guapo está con su calzón de Mahón, su bota jacobina, su...

—Sabe ponerse, como hijo que es de sastre. Don Matías está aquí, porque, como profesamos la tolerancia, admitimos á los paganos.

Otro decía:

—Habrá música al salir; mira los tres condes.

—¡Que si habrá música! Sin duda piensa en ello Catalina Arrieta, que se desvive mirando al clarinete Blas Borges.

—¡Maligno! Contempla de rodillas al *Poder* y la *Ciencia* (1).

—¡Dignos nombres! El español educó bien á sus dos chicas.

¡Gran risa en el concurso! Entraba á prisa, saludando á uno y otro lado, dando de codos y atropellando á los que hallaba por delante, el doctor Angel Sálamo. Muchos dejan sus puestos y le rodean, mientras don Vicente Salias, entre cortesías y halagos, le dirigía estos versos:

Se trata de un empleo que ha de darse
al que sepa curar con más acierto,
y ninguno cual yo puede jactarse
de tener en el arte un tino cierto.

No sé el griego, el francés ni aun el romano;
pero entiendo un autor en castellano,
y tengo con aquesto suficiente
para extractar recetas y aplicarlas.

¿Quién como yo ha curado,
aplicando saliva en el ombligo,
á un enfermo que estaba en mal estado?
Su virtud es muy cierta; yo...

—Si; tú has puesto esos desatinos en mi boca;
pero somos amigos y te perdono todo por la tunda
que le diste á Díaz (2).

Cruzábanse estos diálogos violentos por entre vi-

(1) Doña Catalina Oriola, joven hermosa y de tanta instrucción, que la llamaban la *Ciencia*, y D. Francisco Navas, llamado el *Poder*, por su extraordinaria fuerza.—*Ocios de españoles*, etcétera, núm. 33. (*Recuerdos de Caracas*.)

(2) Palabras que D. Vicente Salias pone en boca del doctor

vas y aplausos, discursos interrumpidos, risas y gritos, promesas y amenazas.

El poder de las tempestades flotaba en las manos de Miranda.

D. Andrés Moreno, que con D. Rafael Jugo y don Vicente Tejera, fueron enviados á Coro y Maracaibo para extender la revolución, acababa de abrir un teatro más democrático á sus violencias. Llegaba de Puerto Rico, donde había arrastrado prisiones, y llevaba al cuello la cadena con que le había honrado el Congreso, hecha de eslabones, en que se leía: "La sufrí por la Patria"; y aunque de carácter apacible y de costumbres dulces, ofreció los amplios salones de su casa (1) á un *club* más demagógico que la Sociedad Patriótica, el Club de los *Sincami*.

Sálamo en la *Silva primera* de su *Medicomaquia*, que comienza así:

"No el valor, las proezas y victorias
canto de capitanes esforzados,
ni tampoco las glorias
de varones ilustres, que animados
de la póstuma fama, produjeron
insignes obras que á su patria dieron.
Canto sí la contienda más famosa
de una chusma de insignes matadores,
que con la actividad más asombrosa
han sabido mover los moradores
de toda esta ciudad más distinguidos,
á empeñarse, intrigar, formar partidos,
y con ardor constante
ofrecer cada cual al que es su ahijado
dejarle colocado
en la plaza de médico vacante."

(1) Calle de Zea, núm. 75.

sa, donde se bailaba, extraña y grotescamente, al són de esta canción, compuesta por los Landaetas:

Aunque pobre y sin camisa,
un baile tengo que dar,
y en lugar de la guitarra,
cañones resonarán.

Que bailen los *Sincamisa*,
¡y viva el són del cañón!

¡Caracas se precipitaba por los abismos de la Francia! Era el *Çaira* de sus revolucionarios.

X

Al llegar aquí, la pluma se detiene espantada, como si oyese lamentos de otro siglo, ó la disputasen manos de fantasmas. Es el pórtico sombrío de la *Guerra á Muerte*. ¡Comienza aquí una carrera fúnebre! Sentémonos un momento sobre la piedra de dolor que marca la horrorosa entrada: la puerta del infierno.

Entre los venezolanos que, no confiados en la capitulación de Monteverde, huyeron á Cartagena, uno de los más distinguidos por su ilustración y los altos destinos que había desempeñado, fué el doctor Antonio Nicolás Briceño. El mismo Domingo Díaz, calumniador de la revolución, este hombre, que había nacido furioso y llevaba en el aliento y en la sangre la semilla de inextinguibles odios, confiesa que le juzgaban todos hombre prudente y *moderado* (1). Había ocupado una silla en el primer Congreso de la República, desempeñado su Secretaría con expedición y aplausos, y había sido miembro de la Alta Corte de Justicia y del Poder Eje-

(1) Antonio Nicolás Briceño era, poco tiempo había, abogado del Colegio de Caracas, cuando acontecieron los sediciosos movimientos del 19 de Abril de 1810. En los primeros meses de aquella época vergonzosa, manifestó un carácter de moderación con que generalmente se le creía revestido. (*Recuerdos sobre la Rebelión*, etc., pág. 132.)

cutivo. Las primeras reacciones le hallaron tranquilo y confiado; poco á poco su carácter fué exaltándose, hasta distinguirse, en fin, por la osadía de sus provocaciones y las medidas violentas que sugería; uno de esos hombres que vivirían contentos en una época de paz, pero que ocultan una misteriosa pólvora, á que dan fuego las revoluciones. Para la época de Monteverde, la opinión pública le había conferido el diploma de *El Diablo* (1).

Briceño llegó á los Estados de la Unión granadina en el acceso de una sombría cólera, respirando sangre y venganza. Hombre trágico y fatal, de esos á quienes una violencia innata consagra á las furias, su rostro no llevaba el signo innoble de la barbarie. Su cuerpo era gentil, su cabeza bella... como la de las Euménides. Todo contribuyó á exaltarle, los tiempos sobre todo, que eran malos é inspiraban vértigos. Él mismo, D. Vicente Tejera y D. Miguel Carabaño decían el 2 de Noviembre: "Cerremos para siempre la puerta á la conciliación y á la armonía: que no se oiga otra voz que la de la indignación. Vengüemos tres siglos de ignominia que nuestra criminal bondad ha perdonado; y sobre todo vengüemos condignamente los asesinatos, robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desastrada é ilustre Caracas... ¿Podrá existir un americano que merezca ese glorioso nom-

(1) Parece que un patriota de aquella época, Isnardi, distribuyó entre los miembros del Congreso los papeles del *Auto* llamado *Nacimiento*, dándole á Briceño el del *Diablo*, que le quedó.

bre, que no prorrumpe en un grito de muerte contra todo español, al contemplar el sacrificio de tantas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela? No, no, no" (1). El Congreso de la Nueva Granada animaba también á una guerra de exterminio por medio de su filantrópico presidente: "Reuníos—decía—bajo las banderas de la Nueva Granada, que tremolan ya en vuestros campos y que deben llenar de terror á los enemigos del nombre americano. Sacrificad á cuantos se opongan á la libertad que ha proclamado Venezuela, y que ha jurado defender con los demás pueblos que habitan el universo de Colón" (2).

Briceño comenzó por publicar en Cartagena, á principios del año de 13 (16 de Enero), un plan sobre el modo de hacer la guerra á los españoles, al que convidaba á extranjeros y americanos. Al leer el bárbaro documento, la sangre se hieló en el corazón: "Como esta guerra—dice su segunda proposición—se dirige en su primer y principal fin á destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van incluso los isleños, quedan, por consiguiente, excluidos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar uno solo vivo..." Por la proposición tercera, "las propiedades de todos los españoles y europeos que se encuentren en el territorio rescatado, se dividían precisamente en

(1) Cartagena, proclama de 2 de Noviembre de 1812.

(2) *Vida pública del Libertador*, pág. 6.

cuatro partes"... La novena proposición parece escrita por un caníbal: "Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el ejército, el presentar un número de cabezas de españoles europeos, incluso los isleños; y así el soldado que presentare veinte cabezas de dichos españoles, será ascendido á alférez vivo y efectivo; el que presentare treinta, á teniente; el que cincuenta, á capitán", etc.

Ocho asesinos encontró Briceño que firmasen el feroz tratado, entre los que sólo figuran dos venezolanos: Juan Silvestre Chaquea y Francisco de Paula Navas. Los otros seis, aventureros de Europa. Si tal crimen produjo una generación espantosa de crímenes, él mismo fué engendrado por el recuerdo de los de otra nación; es en francés que se escribió el compromiso sacrilego:

"Nous soussignés, ayant lu les dites propositions, acceptons et signons le présent, pour s'y conformer en tout, selon ci-dessus écrit; en foi de quoi nous mettons de propre volonté, et de notre main nos signatures: Antoine Rodrigo, capitaine de Carabiniers; Joseph Debraine, Louis Marquis, lieutenant de Cavalerie; George H. Delon, B. Henriquez, L. Caz, Juan Silvestre Chaquea, Francisco de Paula Navas."

Se cuenta que los asesinos de la *Glacier* de Aviñón instruyeron á los septembristas de París. ¡Cómo quiso esa hez de asesinos extender al ejército, que manchaban con su presencia, la infamia que ellos solos merecían!

Con este bárbaro documento se presentó Briceño en Cúcuta cuando aún vivían en aparente amistad Bolívar y Castillo, exigiendo que lo aprobasen éstos y lo tomasen por regla de conducta. La epidemia del asesinato era tal, que aquellos dos jefes lo aceptaron con dos notas de poca importancia y con la cláusula siguiente: "Como jefes primero y segundo de las fuerzas de la Unión, y también de las de Venezuela que se hallan unidas á aquéllas, aprobamos las precedentes proposiciones, exceptuando únicamente el artículo 2.º, en cuanto se dirige á matar á todos los españoles europeos, pues, *por ahora*, sólo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en la mano, y los demás que parezcan inocentes seguirán con el ejército, para vigilar sus operaciones, mientras que el Congreso general de la Nueva Granada, á quien se remitirán estos documentos, aprueba ó no la guerra á muerte á los nominados españoles, quedando, por consiguiente, el art. 9.º sujeto á la misma disposición, con las notas que están en los artículos 7.º y 11, en cuya virtud lo firmamos en el cuartel general de Cúcuta, á 20 de Marzo de 1813, 3.º de la independencia colombiana."

Creyeron, sin duda, Bolívar y Castillo que aquel plan era una fanfarronada de crueldad, sin otro objeto que espantar á los españoles é inspirarles respeto hacia los americanos. De su sorpresa al saber que Briceño pensaba seriamente en el exterminio general de nuestros antiguos padres, la Historia nos

conserva un documento precioso: "Hallábase Castillo en marcha y acampado en Laura—dice Restrepo—, cuando supo con asombro que el titulado comandante de la Caballería, Briceño, había publicado un bando en que declaraba la guerra á muerte á los españoles europeos y á los isleños de Canarias, conforme á las bases de su plan de Cartagena, y añadiendo otra aún más inicua: ofrecía la libertad de los esclavos que matasen á sus amos españoles y canarios. Su objeto era, según decía, aterrarlos, á fin de que abandonasen el territorio de Venezuela. Para cumplir sus amenazas quitó la vida á dos españoles pacíficos que hallara en San Cristóbal (Abril 9), y remitió las cabezas, una á Bolívar y otra á Castillo, con cartas cuya primera línea estaba escrita con sangre de las víctimas."

¡Santa y querida sea la memoria de Castillo, por la noble cólera que inflamó su corazón, y la de los patriotas granadinos, que condenaron unánimemente aquella ejecución inhumana y el sangriento bando de San Cristóbal! ¡Glorioso sea el recuerdo del sabio Torices y del Gobierno filantrópico, que ordenó á Bolívar sujetase á Briceño bajo formal juramento ó le separase de las tropas de la Unión! ¡Vuestro virtuoso furor, hijo de la Nueva Granada, hará preciosos vuestros restos é inmortalizará la infamia del bárbaro que os inmoló! (1).

Castillo devolvió la cabeza fría y ascosa del anciano español, con una carta llena de noble cólera.

(1) Morillo fusiló á Torices y á Castillo.

El mismo 9 de Abril, á las seis y media de la noche en que acababa de recibir el feroz presente, le dice el general granadino: "Me ha estremecido el acto violento que usted ha ejecutado hoy en San Cristóbal; pero me ha horrorizado más el que, deponiendo todo sentimiento de humanidad, haya usted comenzado á escribir su carta con la misma sangre que injudicialmente se ha derramado, y que me haya remitido la cabeza de una de las víctimas." Son dignos de copiarse algunos otros rasgos: "El castigo de los reos y culpados se hace usando de todos los trámites que la ley, la justicia, la razón y la misma religión cristiana prescriben, y no asesinando indistintamente á todo europeo, sin autoridad y sin juicio."—"Lo juro á usted por lo más sagrado que encierra el cielo y la tierra, que á la menor noticia que tenga de haberse cometido un exceso igual marchó en retirada, abandonando la suerte de Venezuela, para informar á la Nueva Granada entera de las aflicciones y excesos con que se agobia á la Humanidad y los pueblos que se trata de libertar."—"Devuelvo la cabeza que se me remitía. Complázcase usted en verla, y diríjala á quien tenga placer de contemplar las víctimas que ha sacrificado la desesperación."

Bolívar, por su parte, envió inmediatamente al oficial Pedro Briceño Punar á reemplazar á Briceño en San Cristóbal, y cuando supo que desde el 4 de Mayo había huído furtivamente, disgustado de sí tal vez y en busca de la muerte, habló de él al Go-

bierno de la Unión como de un *militar intruso, sin armas de fuego, sin municiones, sin cartuchos y aun sin valor.*

El asesinato de los ancianos pacíficos, que se habían merecido el amor de los vecinos de San Cristóbal en ochenta años de una vida laboriosa y benéfica, es uno de esos misterios llenos de horror por donde deja entrever el corazón humano la profundidad de sus abismos. El fanático sombrío, energúmeno sincero, no se contentó con darles muerte, sino que saboreó su sangre, escribió con ella y envió, como regalo, sus cabezas, demudadas y macilentas. Tales refinamientos de crueldad, la venganza gustada así en unos inocentes, la impaciencia de tener en sus manos sus cabezas, ese ardor por verlas sangrientas y sucias, son delirios de tiranos, que manchan eternamente al que los goza. La libertad proscribe á quien la sirve así.

XX

José Tomás Rodríguez tenía cuanto era necesario para el terrible papel que estaba destinado, ágil, intrépido, temerario, de decisión tal que reparaba sus imprevisiones; hambriento de poder, aún más de independencia, impaciente de toda autoridad, hast de sus iguales, astuto, por otra parte insidioso, pérfido, feroz como el pirata, sin ningún sentimiento humano. Nacido en Gijón, empenóse desde temprano en buques que hacían un comercio equívoco, lleno además de riesgos por la Marina inglesa, que dominaba el Océano. Gustábale, mozo, atravesar sus azules llanuras, como preparándose á cruzar las áridas llanuras de Venezuela. La fatiga, los peligros, la lucha con los elementos fortificaron su cuerpo; endurecieron su alma lo imprevisto, la vida entre aventuras, el aspecto constante de la muerte.

El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria.

La tradición, espantada, conserva el retrato de este

(1) Léase la *Gaceta*, núm. 52, redactada por D. Domingo Díaz.

bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapina. Su cuello, que tiraba hacia atrás, y sus miradas, que concentraba á veces, y á veces paseaba con inquieta curiosidad, daban á sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no le fué dado eximirse á sus mismos superiores. Distraído en medio de sus pensamientos lúgubres, que visitaban, sin duda, sangrientos fantasmas, volvía en sí por una sonrisa feroz ó por miradas de fuego, que precedían á sus silenciosos furios. Él no tenía de esas palabras enfáticas de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles; frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos.

El año de 8 fué envuelto en una causa de contrabando entre Curaçao, la aleve vecina, y su antigua plaza, Puerto Cabello. La causa se prolongó; en su curso resultaron nuevos cargos contra el contrabandista y se le condenó á ocho años de presidio; fué preciso ocurrir á los empeños; y Roscio y los Joves lograron que se le confinase en castigo á la ciudad de Calabozo.

Dedicóse allí al trabajo el indómito asturiano, y habiendo puesto primero una tienda de mercería, buscó luego ocupación más análoga con su carácter,

y se entregó al tráfico de bestias con los pueblos de Occidente. En este ejercicio le halló la revolución del año de 10, á la que se sintió inclinado, y á la que habría servido, sin duda, sin la imprudencia de los patriotas de Calabozo. En Abril del año de 12, después de una expedición hasta San Carlos, llegó Boves (porque para esa fecha había cambiado de apellido, en homenaje á los Joves de Puerto Cabello, sus protectores) á Calabozo y contó á cuantos quisieron oírle los sucesos de Coro, los cambios sobreenvenidos en Carora y Barquisimeto y sus temores sobre San Carlos. Sus discretos avisos, que debieron aprovecharse, se convirtieron en pruebas de su mala voluntad y se hicieron figurar en su plan de seducción. Boves fué puesto en la cárcel y se le siguió precipitadamente un sumario. De dos letrados que fueron por acaso á aquellos lugares, uno informó que merecía la muerte; fué preciso que intercediera de nuevo el doctor Roscio para que no se le condenase injustamente. Permanecía en la cárcel cuando entró Antoñanzas á la que es capital del Guárico, y allegó cuanta gente pudo para seguir á Caracas. Tras él, simple teniente, iba José Tomás Boves, sombrío, mudo, lleno de pensamientos de venganza. Qué parte tuviera en los asesinatos que ejecutó Antoñanzas en San Juan de los Morros, la Historia no lo cuenta. Ella le deja olvidado hasta el año de 13 (Abril 5), en que ocupada Barcelona por el general Mariño, Boves suplicó á Cajigal, que huía hacia Guayana, le permitiese quedar en

las llanuras, para hacer la guerra por su cuenta.

La vida de Boves va á escribirse con sangre en las ciudades y en los campos de la desolada Venezuela.

La patria del año de 13 va á caer al bote de su lanza y sus caballos correrán impetuosos sobre las glorias de Bolívar, sobre la naciente República, sobre su civilización y sus esperanzas. Seis meses más, y cadáveres esparcidos servirán para seguir el itinerario del bárbaro; seis meses más, y habrá pueblos donde no respire un sér, desiertos como los que funda la peste en las ciudades de la India; seis meses, y se verán campos cuyas exhalaciones de sangre infecta ahuyentarán al pasajero, donde correrán solamente animales carnívoros, donde resonarán sus aullidos junto con el balido de los rebaños inciertos. El humo obscurecerá el cielo, anunciando el furor y la venganza; el reflejo de los incendios guiará los pasos en la soledad de la noche.

Si la resistencia le irrita, aún le enfurece más la adulación y la bajeza. En su entrada primera á Calabozo mata con propia mano al isleño que sale á victorearle, celebrador de todos los triunfadores. Los hermanos Medinas, de San Carlos, se pasan á sus filas en el último sitio de Valencia, y la Caballería de Boves los rodea en círculo, se les ajustan cuernos á la frente, se les lancea entre salvajes gritos, y caballos furiosos los llevan á rastras, tirados de sus colas.

¡Aborto infernal! En la toma de Barcelona (15 de Octubre), el oficial Pedro Rondón (1) persigue á Carmen Mercié, asilada en la capilla de su nombre, la arranca al sacerdote que la protege y la despedaza á la vista de Boves sonreído. Por la noche, en en medio de espesas tinieblas, contra las que lucha débilmente la funeraria luz de una lámpara, comienza una música triste, que se hace de pronto bulliciosa y alegre: en un momento la sala aparece iluminada, y señoras, de Caracas muchas, engalanadas por fuerza, aparecen, desoladas y llorosas, entre aquellos bandidos, empapados con la sangre de sus hijos y esposos. Ya en las altas horas la música iba debilitándose más y más: á poco un violín sonaba únicamente; después, todo era silencio en el iluminado salón. ¡Treinta músicos de Caracas, uno á uno, dejaban su instrumento para ser degollados!

Para pintar á este vándalo, los contemporáneos ocurrieron, en su asombro, á las regiones infernales. Para Bolívar, Boves es *la cólera del Cielo que fulmina rayos contra la Patria* (2), ó más bien, *un demonio en carne humana, que sumerge á Venezuela en la sangre, en el luto y la servidumbre* (3). Y esta leyenda de Boves *Demonio*, vivió largo tiempo después de su muerte. Un fraile, Márquez, contó una vez desde el púlpito cómo fué engendrado en un súcubo, cómo le creó Dios en una isla apartada y

(1) Alias, Maruto.

(2) Proclama de 2 de Octubre de 1818.

(3) Reglamento, etc. *Correo de Orinoco*, núm. 14.

cómo llegó á ser el *azotico* de los pueblos que habían pecado.

Más feliz Arismendi, logró transformarse en los épicos combates contra Morillo, y ayudar poderosamente, el año de 35, al breve reinado del Poder civil. Dios dilató su vida hasta los últimos tiempos, llena de recompensas y consideraciones!

Otro fué el destino de Boves. Desprendido, él no tenía sino su caballo y su espada; en el testamento que había hecho, sólo pudo disponer, con quien había contraído esponsales (porque Boves amó!!!), de 300 pesos que le debía D. Juan Vicente Delgado. De resto, su gloria militar quedó como un reflejo sangriento, horror de realistas y patriotas. Sobre su tumba renació la República: Cajigal, á quien llevaba tras sí, entre el botín, vino al Poder; la Audiencia, que no osó contradecirle, escarnece su nombre; Morillo ve de reojo su memoria y afecta despreciar sus huestes; el rey la llama *insubordinado* y le insulta con el despacho de coronel; la *Gaceta de Caracas* ofrece dar cuenta de sus funerales, y se le impone silencio.

El primer jefe de la democracia venezolana cubre el año de 14, y á Morillo, y á su expedición, y á cuanto le rodeaba, como cubre la lava de los volcanes las ciudades y los campos!

XXV

Después de la derrota de Campo-Elías en La Puerta, el 3 de Febrero, Bolívar ordenó (día 8) por tercera vez, desde su cuartel general de Valencia, que se pasase por las armas á cuantos españoles y canarios había en las cárceles de Caracas y La Guaira y á cuantos pudieran haberse á las manos. Esta orden, que en 19 de Noviembre y en 17 de Octubre había sido abiertamente desobedecida por Ribas, sin descender á justificar su conducta, fué ejecutada por Arismendi con voluptuoso placer, excediéndola en el modo, espantando á Bolívar y á todos los patriotas.

Los degüellos comenzaron el 12 y continuaron algunos días. En La Guaira se les sacaba en fila, dos á dos, unidos por un par de grillos, y así se les conducía entre gritos é insultos, coronado cada uno con un haz de leña, que había de consumir sus cuerpos palpitantes. Pocos lograban se les matase á balazos; los más eran entregados á asesinos gratuitos que se ejercitaban al machete, al puñal, y que probaban á veces su fuerza arrojando sobre el cerebro del moribundo una piedra inmensa. Que sepa la posteridad los nombres de esos héroes del asesina-

to: Nicolás Lamas, Francisco Javier Martínez, Zacarías Navarro.

¡Memorables sitios el del castillo del Cantón y del Cardonal! Aún una historia. Estaba preso don Antonio Oramas, isleño estimado por su cultura y bondad; su amigo D. José Ventura Santana logra de Bolívar una recomendación para Arismendi y Mendoza y un pasaporte para las colonias; Mendoza conviene fácilmente; tres mil pesos ablandan á Arismendi, y Oramas es guiado por su amigo hasta La Guaira; el marino había columbrado entre la niebla del horizonte una pequeña barca; ruega al comandante de la plaza, coronel Leandro Palacio, le deje ir á su encuentro; y abrazando á su amigo, huye el proscrito de una muerte inevitable. Pero su esposa doña Isabel Bencoechea, incierta de su destino, inquieta, loca, teme una desgracia, y vuela á La Guaira para saber si se ha salvado su marido. En vano le protesta Palacio que había marchado esa misma tarde; como nadie le repite la noticia, se va en la noche al Cardonal, con un farol en la mano y una criada, y recorre los cadáveres, y examina sus facciones lívidas, y tropieza y cae sobre uno que creyó, en medio de su tormento, semejante al de su esposo. Manos amigas la arrancan de aquella escena, pero con la muerte en el corazón; á los trece días abandonaba, huérfanos, á sus hijos, para ir á dormir eternamente en la Iglesia Metropolitana, al pie de San Bernardino. Dejaba á los suyos por herencia una vida breve y la fatalidad.

Sobre aquel anfiteatro corrían locas de placer, vestidas de blanco, engalanadas con cintas azules y amarillas, ninfas del suplicio, que sobre la sangre y los sucios despojos bailaban el inmundo *palito* (1).

El 13 de Febrero escribía el comandante de La Guaira al general Arismendi:

“Número 116.—En obedecimiento á orden expresa de S. E. el general Libertador para que sean decapitados todos los presos españoles y canarios reclusos en las bóvedas de este puerto, se ha comenzado la ejecución, pasándose por las armas esta noche ciento de ellos.—LEANDRO PALACIO.”

Al día siguiente le dice así:

“Número 119. —Ayer tarde fueron decapitados ciento cincuenta hombres de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto, y entre hoy y mañana lo será el resto de ellos.—LEANDRO PALACIO.”

En 15 de Febrero le hace la siguiente participación:

“Número 123.—Ayer tarde fueron decapitados doscientos cuarenta y siete españoles y canarios, y sólo quedan en el hospital veintiún enfermos y en

(1) Baile de aquel tiempo.

las bóvedas ciento ocho criollos.—LEANDRO PALACIO.“

El 16 de Febrero, último parte:

“Número 126.—Hoy se han decapitado los españoles y canarios que estaban por enfermos en el hospital, último resto de los comprendidos en la orden de S. E. Lo que participo á U. S. para su inteligencia.—LEANDRO PALACIO.“

¡Y qué! ¿No había medio de contener esos transportes salvajes? ¿Ninguno habló, que hiciese oír los consejos de la razón indignada, que espantase con las santas cóleras del corazón, que disputase á los verdugos las cabezas inocentes? ¿Cómo dejaron beber tanta sangre á esa docena de vampiros, que han manchado para siempre los vistosos arreos de la revolución? Y ¿cómo comprenderemos tan universal cobardía en esta tierra de valor? Sólo hay memoria de aquellos niños, que de guardia en el principal, fueron llamados á una ejecución; rehusan orgullosamente disparar, y la muerte de los proscritos fué un asesinato individual: llamábanse aquellos mancebos Juan de la Cruz Llamozas, José I. García, José Ignacio González.

En Caracas las ejecuciones no habían cesado nunca; mas desde el funesto 12, mañana y tarde se fusilaba en la plaza pública, en las de San Pablo y la Trinidad y en el matadero. A todas horas

aquellos banquillos, bañados en sangre, rodeados de humanos restos, embriagaban á unos, llenaban á otros de piedad, con sus pútridas exhalaciones. Por motivos de economía, se asesinaba, á veces, con machetes y puñales.

La mayor desgracia en las discordias civiles es que envuelven en igual solidaridad á todos los miembros de un partido, solidaridad confusa, que hace respondan los prudentes de los furiosos, y que expíen los buenos los crímenes de los malvados. Pero es preciso decirlo altamente: Caracas no fué cómplice en los delitos de Febrero; la muerte no fué un espectáculo agradable para sus hijos: no se encontró en esa hez, ese lodo sanguinario, elemento cobarde y estúpido, que acompaña las épocas de tiranía. Verdad es que desde que llegaban los condenados á la esquina de las Gradillas, gritos insultantes los saludaban, y resonaba el eco soez de la marsellesa del asesinato:

Bárbaros isleños,
brutos animales,
haced testamento
de vuestros caudales.

Mas todo eso era obra de uno sólo, de José María Pelgrón, hombre de fácil y fecundo ingenio; pero ignorante, ávido y rapaz, cuyas médulas devoraban cantáridas, desde el vergonzoso asunto de D. Domingo Lemus. ¿Qué fueron después aquellos muchachos que él ensayaba en el canto homicida y en las alegrías fúnebres?

El nombre de Pelgrón nos recuerda por no sé qué analogía, el de Mérida, gran aconsejador de delitos, y el de Díaz Casado, su hermano uterino, jefe de aquellos *destacamentos* que se iban á las entradas de la ciudad, para sonsacarles algún dinero á los isleños que traían maniatados, á trueque de una mentida protección.

El 25 de Febrero, Arismendi pudo dirigir al ministro de Guerra el siguiente oficio:

“Se servirá U. S. elevar á la consideración del excelentísimo general en jefe, que la orden comunicada por U. S. con fecha 8 de este mes se halla cumplida, habiéndose pasado por las armas, tanto aquí como en La Guaira, todos los españoles y canarios que se hallaban presos, en número de más de 800, contando los que se han podido recoger de los que se hallaban ocultos. Pero habiéndose presentado á este Gobierno y al público un número de ciudadanos beneméritos garantizando la conducta de varios de los individuos que según la citada orden de 8 de Febrero, debían ser decapitados, he creído deber condescender, para evitar cualquier entorpecimiento de la dicha orden, esperando las ulteriores disposiciones de S. E.

„Incluyo á U. S. copia del oficio que he pasado sobre este particular al ciudadano gobernador político, y la lista que me ha remitido, á fin de que determine S. E. lo que tenga por conveniente.—Dios, etcétera.—Caracas, 25 de Febrero de 1814, 4.º 12.º
—Ciudadano secretario de la Guerra.“

¡Es el ogro sangriento, el Barba Azul de la América, aquella monja de puñal en mano de las antiguas leyendas!

XXVIII

El historiador tiene que trazar aquí dos cuadros paralelos, igualmente grandes y patéticos, pero triste el uno y sombrío, heroico el otro y de desesperados esfuerzos. Al lado de las batallas tiene que contar la postración moral de todo un pueblo; al

lado del ardor frenético que mil peligros inspiran, la desconfianza, el desaliento, el dolor que cunde y se dilata. Los que han hecho del crimen un medio de esforzar el alma, un bálsamo maravilloso que torna al cobarde en valiente, calumnian la naturaleza humana; debieran saber esos ignorantes culpables que nada enerva más. Si tras vulgares goces entra uno en su casa, triste y como lelo, ¡cuánto más el que ha buscado un placer execrable en la muerte y el dolor! El *asesinato*, se ha dicho, *es un suicidio*; pero un suicidio que se inspira á sí mismo el mal olor, el disgusto nauseabundo que se tiene por un cadáver.

Después de los asesinatos del 12, 13 y 14 de Febrero, Caracas había caído en un estupor profundo, como si volviese de un largo y doloroso delirio. Los pasajeros se miraban fijamente, como idiotas, sin decirse una palabra: cabezas desmelenadas asomaban de cuando en cuando por entre los escombros; de entre las casas cerradas salían siniestros ruidos, como de desesperado llanto ó de amargas reconvencciones. La sangre había embriagado, y se dormía un sueño inquieto y lleno de fantasmas. Alguno tal vez cruzaba las calles, dándose golpes en el pecho y se deslizaba en la iglesias silenciosas. La imagen de la patria se había velado entre nubes de sangre, y los hombres buscaban consuelo ante el trono de la Divinidad.

Historiadores insensatos han indicado que el asesinato condujo á la victoria, que después de las eje-

cuciones sangrientas, en la alternativa de vencer ó morir, el valor multiplicó sus prodigios, que los héroes del asesinato formaron la vanguardia de Ocumare, de San Mateo y Carabobo. Nada es más contrario á la verdad.

Los negros de Barlovento, capitaneados por Juan José Navarro (1), alzan el grito bárbaro: "Viva Fernando VII." Apenas se habían reunido 150 de ellos, cuando corre á atacarlos al frente de 500 hombres el coronel Arismendi. Molinar era su segundo; mandaba Triano la Artillería. En el combate que se verificó á orillas del Túy, á tres leguas de Caucagua, en la hacienda Moreno, el jefe republicano huyó vergonzosamente. En su paso por Caucagua ordena por bando se le presenten todos los hombres dentro de media hora. Estaba ya en Guarenas cuando le llevan doce que no se habían presentado en el término prescripto: á todos los hizo matar á sablazos, sin escaparse otro que Santos Sojo, que aunque sin un brazo, logró vivir hasta ayer no más. "Colgó—dijo el cura de Guarenas, presbítero Miguel Peraza, de conocido republicanismo—á un catire alto en un palo en medio del río, á la entrada del pueblo; y por muchos días se vieron los gusanos caer de la cabeza al agua. Á la salida, en el cerro *Pan de azúcar*, hizo colgar á un negro."

La *Gaceta de Caracas* dijo en esta ocasión que Arismendi *había castigado á los bandidos de Barlovento.*

(1) Joven bizarro, hijo de D. Silverio Galarraga.

En la tarde del 14 descansaba Ribas de la prolongada lucha, cuando, uno tras otro, le llegan partes que le llaman urgentemente á la capital.

Á su marcha contra La Victoria, Boves había ordenado á Rosete que fuese á ocupar el Túy, amenazando á Caracas, asediándola por hambre y distraiendo las tropas de la República. Conducía aquel figonero soez una horda de esclavos rebeldes, especie de fantasmas, medio desnudos, informes, seguidos del incendio y del asesinato. Fueron escenas de inexplicable horror. La expresión profunda de Mirabeau: *Dame un bruto y te daré un animal feroz*, se realizó, para desgracia de las indefensas poblaciones. Ninguna piedad, ninguna misericordia de parte de los negros, hechos crueles en el embrutecimiento de la esclavitud. Ruinas lamentables marcaban sus pasos: las riquezas que había creado su trabajo, su cólera las destruyó entre transportes de alegría salvaje. Por todas partes la desolación, el terror, el incendio, la muerte.

Al odioso grito de "Viva Fernando VII" se adelantaban, llevando en las manos el puñal y la tea. La débil resistencia que les opone Ocumare les da pretexto para entrar en este pueblo á fuego y sangre, degollando en las casas, donde inmolan á la madre y al hijo; degollando en el templo, cuyas puertas rompen á hachazos, y de donde sacan en las puntas de las lanzas á los que creían haber hallado un asilo seguro.

"Sobre 300 cadáveres—escribía el presbítero

Juan de Orta al señor provisor en 22 de Febrero desde Ocumare—de aquellas primeras personas de representación y adhesión á nuestra libertad cubren las calles, fosos y montes de su inmediación. El clamor de las viudas y de los huérfanos es tan general como irremediable, pues todo el pueblo fué robado y saqueado hasta no dejar cosa alguna útil, necesaria al descanso, conservación y comodidad de la vida. El corazón menos sensible y cristiano no puede ver sin dolor el cuadro triste y pavoroso que dejó trazado la barbarie y rapacidad de unos hombres inauditos, y que serán el oprobio y degradación de la naturaleza racional. Pero no es esto sólo lo que asombra y horroriza: el santuario del Dios vivo fué violado con el mayor escándalo é impiedad. La sangre de tres víctimas inocentes acogidas á su inmunidad sagrada riegan todo el pavimento; José Ignacio Machillanda, en el coro; José Antonio Rolo, en medio de la nave principal, y Juan Díaz, en el altar mayor. Sus puertas, todas cerradas con cuatro sacerdotes, que unidos á todo el sexo dirigían sus votos al Altísimo, fueron descerrajadas con hachas; y entrando en él, hicieron otro tanto con las arcas que guardaban las vestiduras sagradas. Yo, entretanto, montado á caballo, con los óleos en la mano, ocurría á la salud espiritual; y puesto á la cabeza de las tropas, presidía su suerte y rogaba al Señor por la defensa de mi pueblo; así porque el jefe militar me lo ordenó, como porque siendo los defensores de la plaza la mayor parte de mis tiernas ovejas, no podía

verlas con indiferencia y cobardía en peligro tan evidente. Fué herido el caballo con dos balas distintas, y cayendo en tierra y viendo perdida la lid tomé el monte, donde me oculté once días, hasta que entraron otra vez nuestras tropas... Entre los bosques salvé todas las alhajas sagradas de oro y plata que con anticipación había ocultado."

Caracas se estremeció: en medio de la miseria y el hambre, la muerte venía á tocar á sus puertas, traída por las feroces hordas. Á Arismendi, comandante militar interino, le ocurre salir después de mil vacilaciones; las autoridades civiles le animan é instan; parte al fin en la noche del 14; pero al día siguiente se sabe que permanece en el Valle, y á poco se desliza en la capital, para prepararla á la defensa; y *acabar*, decía, *con los cómplices de Rosete*... ¡Los supuestos cómplices de Rosete habían perecido!

Pero Ribas llega con una parte de la columna de vencedores, y asegurados los corazones con su presencia, corre hacia Rosete, que había llegado hasta San Francisco de Yare, donde se atrincheraba á prisa, temeroso del nuevo enemigo. Inútil le fué parape-tarse al pulpero ruin; cargó sobre él Ribas con im-petuosa cólera, y el asesino, perezoso y torpe, se escapó difícilmente por en medio de los bosques, protegido por la noche.

Se dice que al ver el pueblo de Ocumare cubierto de 300 cadáveres, Ribas escribió al Gobierno:

"Los horrores que he presenciado en este pueblo me hacen á un tiempo estremecer y jurar odio

implacable á los españoles." El parte oficial del 22, que tenemos á la vista, se limita á decir: "El sanguinario Rosete no dió cuartel y 300 cadáveres cubren este desgraciado pueblo. El cielo justo castigará tantos crímenes."

Por lo demás, el general Ribas pasa por las armas á cuantos prisioneros cayeron en sus manos. Dedicóse á volver á sus casas á las familias errantes y á consolarlas y protegerlas: "El señor comandante general, y jefe del ejército—decía el presbítero Orta en la nota citada—, las ha socorrido con notable piedad."

XLIV

El 15 de Junio fué el desastre de La Puerta. El 16 llega Boves á La Victoria. Toma el 17 la Cabrera. El 18 ocupa el pueblo de Guacara, donde se reorganiza su ejército. Boves había destacado una división de 1.500 hombres á las órdenes del capitán de vanguardia D. Ramón González; y aproximándose éste á la capital, Ribas, al frente de una columna, cayó sobre su descubierta y la destruyó: en el sitio de las Cocuisas le detuvo una orden de Bolívar que le ordenaba retroceder á Caracas. El general Mariño dejó esta ciudad en la noche del 19 y se puso en marcha para las provincias orientales. El 5 de Julio llegó á La Guaira el comandante D'Elhuyar, con 500 hombres. El 6 una columna realista se presentó en el pueblo de Antímano y Bolívar y Ribas salieron á su encuentro y la derrotaron.

En esta noche se trató en una junta de guerra so-

bre el partido que debía tomarse, atendiendo á las circunstancias. Bolívar opinó porque se evacuase la ciudad y se retirasen las tropas á Barcelona y Cumaná. Ribas, á la cabeza de otros muchos jefes, Ribas sanguino, violento, imperioso, agradable al pueblo por el énfasis heroico de su figura y palabra, sacudía orgullosamente la cabellera de león, y se impacientaba y enfurecía á la idea de dejar la capital. La previsión universal de su espíritu, su actividad infatigable, su fuerte decisión hicieron de él un centro eléctrico. “Simón, Simón—le gritó á Bolívar—; deja reparar los males que has hecho.” Pero Bolívar tenía razón: Caracas no podía defenderse, por la inmensidad de su circuito, por la falta de barreras naturales; ni murallas ni fosos; y lo que es peor, en medio de un patriotismo aparente, el realismo invisible. Esparcida Caracas vagamente entre sus cuatro ríos, abierta por todas partes, apenas si podía guardarse hacia el Norte; las huestes de Boves se desbordaban por todas partes. Bolívar triunfó, y en esa misma noche emprendió su retirada hacia Barcelona por la montaña de Capaya y la costa del mar.

Los contemporáneos le acusaron de haber forzado la ciudad entera á la emigración; ello es que en la mañana del 7, veinte mil caraqueños de toda edad y sexo dejaron sus habitaciones, sin recursos, sin haber pensado en las primeras necesidades, inciertos del lugar adonde iban, corriendo á embarcarse para las colonias, ó tomando el camino de

Barcelona. Los heridos y enfermos dejaron los hospitales y se arrastraban hasta los caminos públicos; sus alaridos se mezclaban al clamor de las mujeres y niños que dejaban á sus madres ancianas para irse á una cruzada desconocida y llena de peligros. Del ejército, querían unos que se caminase lentamente, y otros que se hiciese más rápida la marcha, esto es, que se abandonasen los débiles, masa confusa de mujeres y de niños.

Cuando se supo que el ejército de Boves corría en su persecución, la emigración tomó alas y en la desmoralización absoluta en que cayó, no pensando cada uno sino en sí, mujeres y niños fueron abandonados en los caminos. ¿Qué quedó? Una procesión espantosa de cadáveres vivos, de aparecidos, de exhumados; extrañas é indecentes vestiduras, mujeres traídas como hombres, con fustanes sobre la espalda, porción de infelices semidesnudos; era el carnaval de la muerte; se seguían las bandas por el olor. En medio de todos estos males, el hambre, y tras el hambre, el tifus. Los que llegaron á Barcelona hallaron allí su sepulcro; pocos volvieron, tras largas peregrinaciones y peligros, al hogar querido.

El día 13 Morales, con una fuerte división, marchó hacia Oriente en persecución de los patriotas, El resto del ejército, con Boves se dirigieron á Caracas; mientras nuestras reliquias de La Puerta, de Puerto Cabello, Caracas y La Guaira, tras indecibles trabajos, fueron á reunirse en la villa de Aragua de Barcelona.

El historiador honra la humanidad, recordando con honor á D. Mariano Ramírez, intendente en aquella época de la isla de Puerto Rico. Sabiendo que más de ochocientos caraqueños habían llegado á Santomas, y que mendigaban por las calles, hambrientos y sin asilo, dispuso se les socorriese al punto, enviándoles, entre otras cosas, mil pesos fuertes. Sabido esto por la Corte, le dirigió la Real orden siguiente:

„Queda enterado el rey por la carta de U. S. de 22 de Julio último, número 158, y documentos que incluye de la ocupación de Caracas y La Guaira por las tropas leales, como también en las medidas que ha tomado U. S. para atender al socorro de las ochocientas personas de mujeres y niños que han arribado á Santomas; y de los envíos de víveres y semillas á Puerto Cabello y Venezuela, todo lo que es muy de la aprobación de S. M., y me ha mandado dar á U. S. las más expresivas gracias por su celo y actividad.

„Lo que de su Real orden comunico á U. S. para su inteligencia y satisfacción. — Dios, etc. — Madrid 30 de Noviembre de 1814.—LARDIZÁBAL.

„Señor intendente de Puerto Rico.“

LI

Ribas, seguido de algunos amigos que confiaban en su fortuna, tomó hacia el Sur, buscando las costas del Guanipa; mas como se encontrase en el tránsito con una partida de enemigos que venían del Orinoco, tomó diversa dirección, incorporándose entre Chamariapa y Cachipo varios jefes y oficiales del Alto-llano. Resolvieron todos encaminarse hacia los llanos de Caracas; pero á poco, habiendo sabido que de uno á otro lado de Quebradahonda había campos volantes que, sin duda, los perseguirían, principiaron á dispersarse, tomando unos á la derecha y otros á la izquierda del hato de Fajardo. El general Ribas, acompañado de su sobrino, su criado y un mozo que le servía de baqueano, continuó su camino hacia el Valle de la Pascua, confiándose en las noticias que corrían entonces por Oriente del triunfo del general Urdaneta en las provincias occidentales. Como hubiese llegado al sitio denominado Jácome, dos leguas distante del Valle de la Pascua, el baqueano, Concepción González, le hizo presente que para emprender nueva marcha era preciso proveerse de algunos recursos, ya que estaban postrados más del hambre que de la fatiga. Se escogió al mismo González, como el más propio para aquella comisión, por haber sido esclavo de

unas señoras González, vecinas del pueblo á que se dirigía, y haber vivido en él largo tiempo. Con cautela se deslizó González por la noche en el escaso poblado y llamó á la casa de sus antiguas amas.

Su presencia excitó recelos; con maña sonsacaron de él los motivos de su aparición clandestina; y tanto le intimidaron y tales fueron las instancias de sus viejas señoras, reforzadas por su propia madre, que obtuvieron al fin las acompañase á presencia de la autoridad. Una escolta le custodió hasta el lugar donde estaba el general Ribas, fatigado y enfermo, en medio de sus compañeros dormidos. Maniatáronlos á todos; en la misma noche dieron muerte al sobrino y al criado; y como hubiese exigido el héroe le presentasen al general realista, llenos de involuntario respeto se prepararon á obedecerle, guardándole entretanto entre ansiosos cuidados.

Pere el teniente justicia de Tucupido, Lorenzo Barrajola, le reclamó con imperio, protestando que estaba inseguro en el Valle de la Pascua y que seduciría al pueblo con sus discursos. En Tucupido pereció el general Ribas, sereno en medio de los gritos de sus contrarios, de una manera realmente heroica (31 de Enero de 1815). Aquella diestra, que era el terror de los enemigos de la patria, fué colgada en un palo, á media legua del pueblo, en el camino real; su cabeza, frita en aceite, entró en Barcelona el día 3 de Febrero.

LII

En la mañana del 14 de Marzo se apea un saco junto á la casa de Gobierno, cerrada, silenciosa como una tumba. El pretendido pueblo que lo había seguido redoblaba sus gritos frenéticos, clamor de cobardes, siniestro saludo de la tiranía. Todos querían ver el objeto terrible que encerraba; y el capitán Pedro Celestino Quintana, que había traído aquel presente á las autoridades de Caracas, ora señalaba la frente cárdena, ora el mechón de cabellos rubios que empezaban á encanecer. "Á las doce del mismo día, formados en la plaza mayor los batallones del Rey y La Corona, dos escuadrones de Caballería y una brigada de Artillería, se colocó en la horca la cabeza del llamado general José Félix Ribas, llegada la noche antes de Barcelona, puesto en ella el mismo gorro encarnado con que se hizo aquí distinguir en el tiempo de su triunvirato" (1).

Un mes antes se habían celebrado en la Santa Iglesia Metropolitana *solemnnes funerales por el alma del señor comandante general D. José Tomás Boves* (2). Mientras se llevaba su cabeza yerta desde la Pascua á Barcelona y á Caracas, la famosa expedición española del general Morillo, la más grande

(1) *Gaceta de Caracas*, núm. 7.

(2) *Gaceta de Caracas*, núm. 3.

en tropas y buques de cuantas salieron de Europa á combatir contra los americanos, salía del puerto de Cádiz (16 de Febrero.)

El 17 del mismo mes decía Morales: *“Después de la derrota que han sufrido los sediciosos en Güiría, no asoma siquiera una vela de ellos por toda la costa... No han quedado ni reliquias de esta inicua raza en toda la Costa-Firme, y con brevedad marchó para el rincón de la miserable Margarita.”*

Al pie de la horca se precipitaban pretendidos parientes de las víctimas de Ribas, aullando insultos, representando en esta pompa fúnebre el coro de la venganza antigua. Esta falsa tragedia al lado de la verdadera, este concierto de gritos calculados, de furores premeditados, alegraron á mil, no contristaron á nadie. ¡Los esclavos no tienen corazón!

¡Insensatos! Desde el afrentoso palo donde fué á pudrirse esa cabeza demudada os hace siniestros gestos y os va á medir pocos días de mando. ¡Os coronáis de flores para el sepulcro!

Ese hombre había sido la energía sublime, la vida de la revolución, el alma de la República:

Dispensa á su placer la tiranía
La muerte, no la gloria que acompaña
Al héroe de la Patria en sus cadenas,
Y su cadalso en luz divina baña.

¡Horror á la guerra á muerte!